

Integración de Salud Mental al Hospital General

Si indagamos en los antecedentes de los Servicios Psiquiátricos actuales, encontramos ciertas instituciones que aparecen en la Europa del siglo XVII, posiblemente, en coincidencia con el auge y desarrollo de las ciudades. Para entonces la sociedad toma conciencia del peligro real o potencial que el trastorno mental le representaba, y a partir de esa supuesta peligrosidad y de una alteración teñida de connotaciones mágicas, otorga al problema el carácter de institucional creando sitios de aislamiento, donde reclusión y castigo se hermanaban.

Para entonces ya se había producido ese acontecimiento trascendental en la historia del saber humano: El nacimiento de la ciencia moderna que empezaba a balbucear sus primeras palabras. La medicina se impregna de pensamiento científico y de sus filias parten los adelantados hacia aquellas instituciones con el solo bagaje de la objetividad de su observación.

En Pinel, Esquirol y Connolly, ya no caben dudas de la legitimidad de ese proceder. En un marco de estado de derecho y de un pensamiento científico en evolución, sientan las bases de la psiquiatría moderna, "rama" de la medicina. El trastorno mental pasa a ser definitivamente considerado enfermedad de causas naturales. A quienes lo padecen les asisten derechos civiles, y las ideas se plasman en leyes, luego asilos, colonias u hospicios. En la Argentina, el nombre de Domingo Cabred es suficientemente expresivo de lo que sucedía.

Desde Hipócrates se sabía del vínculo cerebro-psiquismo aunque aún hoy nos siga siendo imposible determinar su real naturaleza. La búsqueda de la relación psicosis-lesión-cerebral debe haber sido decepcionante hasta que Bayle describe la Parálisis General Progresiva y renueva la esperanza.

La neurología a su vez va descubriendo el cerebro, su anatomía, su fisiología y su clínica, busca su propio rumbo que la lleva de la mano hacia el hospital general. Deja en el viejo Hospicio una rama que se seguirá ocupando, tal vez sin remedio, del oscuro vínculo cerebro-psiquismo y cuyo único y precario laurel seguirá siendo, por muchos años, la parálisis general progresiva. Había paz en el Hospicio. En esa, atmósfera tranquila, el alienista, el neurólogo, el patólogo y el bioquímico hacían de sus respectivas disciplinas un arte. Las historias clínicas magistrales, los cortes de cerebro y las curvas coloidales, son aún su vivo testimonio. La adaptación al medio y la colaboración con las actividades de la Sala eran valores a estimular en el paciente. Ese fue el hospital psiquiátrico de antaño al que una estrecha puerta lo comunicaba con el Hospital general al cual la medicina moderna apenas le permitía entrar.

Ya algo nuevo estaba sucediendo otra vez, y vendría a alterar esa paz tan difícilmente conseguida. Tal vez otra voluntad había dispuesto poner todo ese arte al servicio de la "intencionalidad terapéuti-

ca". Lo cierto es que la época de oro de la colonia psiquiátrica pasaba. Pronto se dejaron las historias clínicas magistrales, los cortes de cerebro y las curvas coloidales. Se buscaba otra cosa aunque aún no se sabía claramente qué.

Por su parte la neurología iba encontrando su lugar en el hospital general. Sin embargo los grandes no renegaban de sus orígenes. Broca, Wernicke, Penfield, el lenguaje, la percepción, la memoria y el antiguo vínculo cerebro-psiquismo, aún misterioso pero remozado y expresado en términos de contemporaneidad, emergía nuevamente en el centro de la trama. La neurología devolvía, si la tenía, su deuda con la psiquiatría, su vieja hermana y ya le habría el camino también hacia el Hospital general.

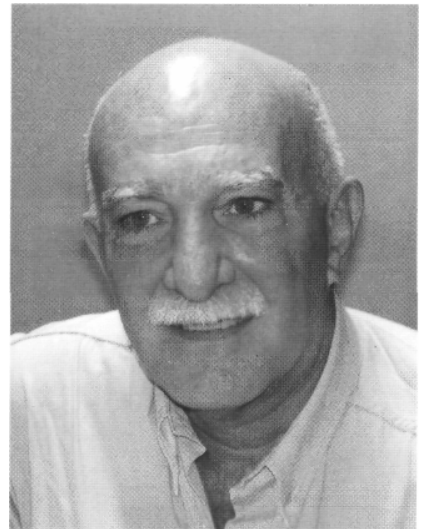
Es curiosa esa convergencia y divergencia de distintas disciplinas en el curso del tiempo. El ejemplo de ciencia y filosofía es notorio. Hoy cuando parecía que la especialización era definitiva, vuelven a encontrarse y redescubren la unidad de la Verdad. Para entonces no se hablaba de primeros ni segundos o terceros mundos, el eje del pensamiento pasaba por la Modernidad, por los derechos civiles de las personas y de los enfermos en tanto que tales.

Las ciudades se extendían y con ella crecían las vías y medios de comunicación. La estrecha puerta de los hospitales generales se ensanchaba y la medicina con su sencillo proceder de diagnóstico y tratamiento se afirmaba en la comunidad. La medicina por su parte también se transformaba. Se afianzaba la institucionalización y se desarrollaban las disciplinas que intermedian en la relación médico paciente. El hospital extendía su acción a la Prevención y la Rehabilitación. La población pasa a ser considerada como unidad. Aparece el vínculo hospital-población, también con su lista de eslabones intermedios que median la relación y así, necesariamente nace la región sanitaria.

Es lícito considerar (al menos para los médicos) a la medicina ciencia mayor en sí misma. No obstante no puede negarse su parte de ciencia aplicada. Ahora sus legítimos dueños se hacen presentes con el fin de reclamar su lugar en el arte de curar. Físicos, químicos o biólogos por un lado, antropólogos, sociólogos, psicólogos por otro, ingresan al hospital, la historia se repite como la de aquellos adelantados, y el proceso es irreversible.

Si observamos al hospital actual surge nítidamente la cuestión de la relatividad del tiempo. Parece ser ley que pasado, presente y tal vez futuro conviven con simultaneidad. Arqui, paleo y neo hospital, integrando un sistema unitario definido por un sentido y la constancia de una función. Y de ninguna manera se trata de estratos jerárquicos, sino de un conjunto que debería ser armónico, con roles y jerarquías, cambiantes, solo subordinados a las necesidades inmediatas, concretas y también cambiantes de la atención del enfermo. Me pregunto qué es una cultura o, una especie biológica sino su propia historia presente y viva. Nos veríamos en serias dificultades gnoseológicas si quisiéramos dividir sus tiempos.

Actuar sobre esta estructura singular, unita-



ria, sin dañar, sin mutilar, sin ofensas, teniendo por delante una red de caminos no señalizados, o con sólo una indicación general: Respeto por los valores tradicionales. He ahí el dilema. Y aún más: Respeto por la tradición y a la vez modernidad.

Los grandes estuvieron a la vanguardia, no de los hechos sino del pensamiento de su época. Por eso pasaron e hicieron historia. Este proceso no está exento de riesgos. Los conocemos bien, y no podemos dormirnos sobre los logros, cuando la razón duerme se despiertan los genios reaccionarios de lo retrógrado. También sabemos que el mismo es inexorable. Nuestra contribución para su buen éxito que todos sin duda deseamos- es afirmar la presencia de una neuropsiquiatría moderna, médica, integrada al hospital general, el que a su vez funcione efectivamente en términos de Región Sanitaria desde el centro de salud local hasta la alta complejidad.

En la relación recíproca se definirán y redefinirán roles, y se hará el aprendizaje en la acción, sin exclusiones arbitrarias, para un trabajo institucionalizado - sinónimo de modernidad- y al solo servicio de los intereses superiores de nuestras disciplinas respectivas y del sujeto de su atención, el paciente.

La enfermedad, en cuanto ejemplo más crudo de entropía no le es grata a nadie. Si hemos elegido asistir a su protección en la salud y a su recuperación en la enfermedad no ha de importarnos que manifestación elige para expresarse, ya "orgánica" ya "mental" y caemos inexorablemente en el viejo arcano cerebro-psiquismo.

Del estado feudal al estado de Derecho. Del establecimiento de reclusión, ocultamiento y castigo a la atención del enfermo psiquiátrico en el marco del hospital general. Desde el miedo y el rechazo a la comprensión y al auxilio terapéutico. Desde las oscuridades de lo mágico a la claridad de la razón. Desde la multiplicidad de las disciplinas a la unidad de la Verdad.

Dr. Claudio Harrington

Informativo Penna - 7